

LA CONSTRUCCIÓN DE OTROS FUTUROS Y LAS ALTERNATIVAS AL EXTRACTIVISMO

Eduardo Gudynas

La situación actual de muchos emprendimientos mineros en América Latina en general, y en Perú en particular, corresponde a lo que se ha denominado como «extractivismo depredador». Es un estilo que implica la apropiación de enormes volúmenes de recursos naturales, que son exportados en su mayor parte, pero que dejan graves impactos sociales y ambientales en las comunidades y sus territorios, y dudosos beneficios económicos.

Mientras que, por un lado, crece la evidencia científica sobre los severos efectos de esos emprendimientos y la resistencia ciudadana, por otro lado, persiste la insistencia en promoverlos. El extractivismo sigue contando con amplios sustentos en nuestras sociedades, que lo identifican como un necesario avance hacia el desarrollo, donde esos impactos sociales y ambientales pueden ser minimizados.

Esto explica que muchos debates sobre el extractivismo caigan en situaciones donde quienes alertan sobre sus efectos negativos sean desafiados a presentar «alternativas»; donde aquellos que denuncian impactos ambientales sean acusados de obstaculizar el «desarrollo» del país, y así sucesivamente. Esto hace que la discusión sobre las alternativas al extractivismo siempre esté presente.

Una de las formas de abordar esta tarea es bajo las llamadas «transiciones posextractivistas». Estas son opciones de cambio frente a la dependencia extractivista, articuladas en un cambio sustancial sobre las estrategias de desarrollo. Estos son los temas considerados en el presente capítulo.

Entre la crítica y el apoyo al extractivismo

El extractivismo que predomina en la actualidad tiene un carácter depredador, dadas sus consecuencias sociales, ambientales, económicas e incluso políticas (las definiciones sobre extractivismo y otros conceptos asociados están en Gudynas, 2013). La crítica a ese tipo de extractivismo es bien conocida tanto en Perú como en América Latina (muchas evidencias se presentan en este libro). Un número cada vez mayor de movimientos sociales, activistas y algunos académicos y políticos alertan sobre ese extractivismo depredador. No solo eso, sino que distintas formas de resistencia y conflictos se han sucedido en el último año en todos los países.

Frente a sus reclamos se despliegan variadas resistencias, ya que ese estilo de desarrollo es apoyado desde muchos sectores de la sociedad. Entre ellos se

encuentra una buena parte de los economistas convencionales, los profesionales directamente vinculados a emprendimientos mineros o petroleros, el gobierno y hasta unas cuantas cátedras universitarias. En esos espacios se generan y reproducen las ideas que nutren los modelos mecanicistas donde las exportaciones de materias primas y las inversiones hacen crecer la economía, y esto inmediatamente generaría un bienestar social generalizado.

Esos apoyos persisten a pesar de todas las críticas, la constatación de impactos de todo tipo, y la proliferación de protestas. Sigue existiendo un profundo arraigo del extractivismo, sea de los sueños de la riqueza mediada por la minería o el despegue económico gracias al petróleo. Los intereses empresariales y políticos de ese tipo de emprendimientos saben alimentar esos mitos populares, los nutren con eslóganes y propagandas.

El hecho impactante en los últimos años es la adhesión al extractivismo desde muy diversas tendencias ideológicas, desde distintos discursos políticos, y con estos, del Estado. Por ejemplo, la minería sería la «locomotora» del desarrollo para la administración J. M. Santos en Colombia, mientras que en Uruguay, el gobierno de José Mujica, un ex guerrillero que lidera la coalición de izquierda, insiste en la megaminería de hierro a gran escala para el despegue económico. Es muy cierto que las tendencias políticas en estos dos países son muy diversas, pero a pesar de todo ello, en ambos casos se sueña con el extractivismo. Los gobiernos de la izquierda gobernante sudamericana también buscan el extractivismo, aunque con una mayor presencia estatal, y en varios casos la tributación es más alta y está directamente vinculada a programas de lucha contra la pobreza.

Esa adhesión al extractivismo, o bien, la actitud de tolerancia frente a sus impactos, tiene varias explicaciones. Por ejemplo, los problemas de la minería no siempre son fáciles de entender para quienes no viven en esas comunidades. Como en América Latina, la mayor parte de la población vive en ciudades, para muchos lo que sucede en el medio rural, a veces en rincones apartados del país, es algo muy alejado a sus urgencias cotidianas. Esto es en parte entendible, ya que allí se deben enfrentar los problemas de la pobreza, el empleo, salud o educación. En el caso peruano, un 76% de la población es urbana (en 2012), y a su vez, la pobreza afecta al 27.8% de la población (en 2011, según CEPAL), donde muchos de ellos viven en ciudades. En ese contexto, no es sencillo llevar adelante debates sobre las alternativas al extractivismo.

La urbanización y la pobreza no son los únicos factores que limitan la exploración de alternativas. También existe en nuestros países prejuicios, exclusiones raciales y culturales, entrelazadas unas con otras (de la ciudad contra el campo, el blanco contra los cholos, muchos contra los indios, varones contra mujeres, etc.). Eso hace que las demandas frente al extractivismo, que parten desde grupos campesinos o pueblos indígenas, se vean enfrentadas a esa maraña de discriminaciones, que van desde los escalones más altos a los más bajos en nuestras sociedades.

No olvidemos que, en más de una ocasión, han sido los propios presidentes quienes han desestimado los reclamos ciudadanos y se han hasta burlado. Los ejemplos van del «perro del hortelano» de Alan García a la autosuficiencia de Rafael Correa frente a indígenas y comuneros en los debates sobre la gestión del agua en Ecuador. Esto hace que se vuelva más difícil construir consensos ciudadanos más extensos para elevar la presión que reclame cambios en el extractivismo. Son este tipo de factores los que inciden en que sea mucho más fácil invocar alternativas que pasar a construirlas socialmente.

Todos estos ejemplos expresan que las diferentes formas de extractivismo descansan en profundas raíces culturales. Están hundidas en los siglos, moldeadas por las imposiciones y mezclas sucesivas entre la cultura de los colonizadores y las resistencias locales. Los mitos sobre las enormes riquezas ecológicas sudamericanas, son reforzadas actualmente por diferentes dosis de economía convencional, que pregona al crecimiento económico como expresión de desarrollo o que se podrán manejar tecnológicamente los impactos ambientales. De esta manera, se generan creencias y aspiraciones que alimentan el sentido que no hay opciones al extractivismo.

La nueva crítica que deja al desnudo el carácter depredador de ese extractivismo, choca contra esas creencias. No deja de ser cierto que los defensores del extractivismo tienen cada vez más dificultades para defenderlo y, por lo tanto, caen en reclamar las alternativas. Entonces, se enfocan en preguntas como: ¿Cuál es su alternativa a la minería? ¿Cómo funcionará la economía sin minería?

Es evidente que esta es una situación paradójica, ya que son reacciones donde, en vez de aceptar y solucionar los problemas del extractivismo, se reclama a quienes hacen las denuncias que sean ellos los que encuentren las salidas alternativas. Dicho de manera muy simple: cuando los contaminados se quejan, en lugar de solucionar su situación, se les pide a los afectados que ellos busquen las soluciones para no seguir sufriendo esas contaminaciones.

Imaginando otros futuros

La esencia de la construcción de alternativas al extractivismo depredador radica en la posibilidad de imaginar otros futuros. Un futuro sin ese tipo de explotación de la naturaleza. La visualización de escenarios distintos al actual no es sencilla. La propia posibilidad de pensar, imaginar o soñar alternativas sustanciales está muy limitada, ya que las discusiones se centran en distintas opciones dentro del desarrollo convencional que alimenta al extractivismo. Se consideran, por ejemplo, diferentes opciones para manejar los efluentes contaminados o reducir los derrames de petróleo. Sin embargo, la solución de fondo pasa por comenzar a visualizar una organización de la economía nacional que no dependa del extractivismo.

En esas circunstancias prevalecen las barreras que se discutieron en la sección de arriba. Bajo esas condiciones, muchos entienden que solo hay un camino posible, propio del desarrollo convencional de origen occidental, y se niegan, o no pueden siquiera imaginar otros caminos alternos.

En casos que cada vez son más frecuentes, se rompen esas camisas de fuerza. Se abre entonces una discusión mucho más amplia, que no solo debate sobre cómo minimizar los impactos sociales o remediar la destrucción ambiental, sino que da unos pasos más, y aborda la propia base conceptual que sostiene al extractivismo. ¿Es la explotación depredadora una necesidad inevitable? ¿Es imposible alcanzar la calidad de vida sin sacrificarnos al extractivismo? Esas y otras interrogantes similares expresan que se están rompiendo las cadenas de la resignación a sacrificarse ante la destrucción ambiental y los impactos sociales. La tarea ahora es identificar las rutas de salida.

Alternativas y futuros posibles

La elaboración de futuros que no descansan en el extractivismo depredador debe ser abordada por una serie de pasos sucesivos. El primero de ellos es señalar que podemos considerar que existen un enorme conjunto de futuros *plausibles*, que pueden ser imaginados desde muy distintas posturas. Este es un conjunto teórico, donde a cada uno de esos futuros plausibles, son muy diversos, algunos imaginables, otro no, pero sí es importante reconocer la existencia de esas opciones.

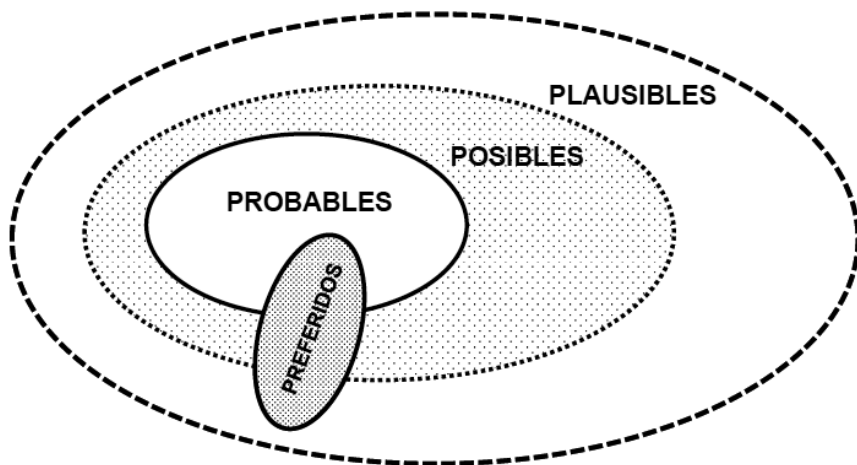
En un segundo paso, es posible reconocer un conjunto menor, que corresponde a un grupo más acotado, que denominamos como futuros *posibles*. Son aquellas circunstancias que estimamos cuentan con las mayores posibilidades de ocurrir dentro de todas las opciones plausibles.

Dando un tercer paso, hay un conjunto más pequeño donde se encuentran los futuros más *probables*. De hecho, los intentos convencionales de encarar el futuro casi siempre apuntan a esos futuros *probables*, como ocurre, por ejemplo, con las predicciones de los economistas clásicos. En ese conjunto se encuentran los modelos de ampliación o reducción de la explotación minera o petrolera según los avances o retrocesos de la demanda mundial, las proyecciones de precios a futuro, y otras prospectivas similares. Son probables en el sentido que varios de ellos descansan en aceptar la necesidad del extractivismo, donde las materias primas sudamericanas alimentan la economía mundial, y por lo tanto, el ritmo de extracción y su precio dependen de las expectativas del consumo global. También es cierto que dentro de esos futuros probables hay proyecciones que alertan sobre el agotamiento de esos recursos (notablemente en el caso de los hidrocarburos en los países andinos) y, por lo tanto, elaboran opciones que por necesidad serán posextractivistas.

La búsqueda de alternativas al extractivismo expresa, en cambio, una postura muy diferente. Responde a futuros *preferidos*. Es la decisión de construir un porvenir distinto, que permita superar los problemas de la actualidad y mejorar las condiciones de vida hacia el futuro. Un mañana que no se resigna a aceptar los impactos del extractivismo. Por lo tanto, si el extractivismo depredador actual es insostenible, la tarea pasa a ser la construcción de futuros *preferidos* que permitan erradicar sus impactos y organizar las economías, e incluso la propia cultura, para dejar de depender de esa apropiación masiva de recursos naturales. Es un futuro posextractivista.

En este caso, se podrán incorporar algunos de los componentes que se encuentran en los futuros *probables*, especialmente aquellos que dejan en evidencia el agotamiento de los recursos, la pérdida de biodiversidad a escala continental, o los efectos del cambio climático. Pero el futuro postextractivista «preferido» es más complejo, en tanto no le sirve cualquier alternativa, sino que se prefieren unas sobre otras. Son las alternativas que, por ejemplo, exigen erradicar la pobreza o respetar los derechos de la naturaleza.

GRÁFICO 16
RESUMEN DE LOS DISTINTOS TIPOS DE FUTUROS POSIBLES.
EN EL CONJUNTO DE FUTUROS PREFERIDOS SE ENCUENTRAN LAS
TRANSICIONES POSEXTRACTIVISTAS



En la elaboración de los futuros posextractivistas concurren dos componentes que son esenciales, asociados estrechamente uno con el otro, y que se pueden resumir en una imagen fácilmente entendible: «cabeza» y «corazón».

La «cabeza» permite evaluar las situaciones actuales, maneja indicadores precisos e identifica tendencias, como pueden ser la tasa de extracción de mine-

rales, la pérdida de áreas naturales, o la calidad de aguas. Permite generar planes de acción para promover los cambios, que van desde la regulación ambiental a las reformas tributarias sobre el extractivismo. A su vez, esto hace posible sopesar los resultados esperados con cada paso, organiza las metas normativas, y muchas otras tareas más.

Entretanto, el «corazón» expresa los valores en juego, las condiciones futuras soñadas, o las nuevas formas para entender conceptos clave como calidad de vida o naturaleza. Allí se encontrarán, por ejemplo, el reclamo de reconocer los derechos ciudadanos, la salvaguarda y respeto de las comunidades indígenas, o el reconocimiento de los derechos de la naturaleza, con lo cual se acepta la radical postura de valores propios en el ambiente. El componente del «corazón» nutre de compromisos éticos y mandatos morales, y sirve como referencia de los planes de acción.

Los dos componentes son inseparables. Los planes de transición hacia los futuros preferidos expresan distintas combinaciones de ideales, valores, metas y planes de acción. De esta manera se puede precisar todavía más el sentido de las alternativas para salir del extractivismo depredador actual. Se apuesta a construir un futuro donde no seamos testigos de la destrucción de la naturaleza, o las comunidades locales sufran la contaminación, donde no se le tenga miedo al Estado o a las empresas porque imponen con violencia la apropiación de los territorios, y donde sea posible disfrutar de una vida digna, de buena calidad y en ambientes sanos.

Cambios de este tipo no surgen espontáneamente, sino que requieren de actores comprometidos. Estos se encuentran en los más diversos sectores de la sociedad, desde los militantes sociales a los claustros universitarios. De alguna manera, antes que actores privilegiados predeterminados, la mirada de las transiciones considera que muy diversos sectores pueden pasar a desempeñar un papel fundamental como agentes de cambio. Por lo tanto, no solo son importantes en sí mismos, sino que se vuelve muy necesario que estos coordinen entre sí. La organización y la articulación entre movimientos ciudadanos son fundamentales para impulsar las alternativas de cambio.

Transiciones posextractivistas

Bajo las circunstancias actuales, el futuro preferido será aquel que ya no dependa del extractivismo depredador. La salida de las circunstancias actuales, y los sucesivos pasos hacia ese futuro preferido, requiere compaginar los aportes que provienen tanto de la «cabeza» como del «corazón». Este tránsito no podrá ocurrir de la noche a la mañana. Es que el extractivismo está muy estrechamente incrustado en las estructuras económicas nacionales y globales, y es defendido o aceptado desde distintos sectores sociales. A su vez, la construcción de ese futuro preferido debe ser radicalmente democrática, no puede ser impuesto, y se hace necesario

ampliar la base ciudadana que demanda esos cambios. La conclusión es inevitable: el proceso de cambio será paulatino, se deberán dar pasos en varios terrenos, y es necesario hacerlo con el concurso de amplios sectores sociales. Todo esto hace que la idea de «transiciones» sea la que mejor describe esta tarea.

El concepto de transiciones posextractivistas se ha venido trabajando en los últimos años junto a grupos ciudadanos y académicos, especialmente en América del Sur. Perú ha desempeñado un papel protagonista en estas discusiones, y desde allí han surgido las primeras propuestas y campañas (véanse los ensayo en Alayza y Gudynas, 2011).

Existe un acuerdo que ese cambio está orientado hacia las alternativas al desarrollo. Por lo tanto, no se conforma con medidas de reparación, compensación o ajustes tecnológicos, como pueden ser mejorar las prácticas mineras o petroleras, o colocar mejores filtros en las chimeneas de las fábricas o adecuados tratamientos de efluentes. Muchos de esos instrumentos son necesarios, a veces urgentes, pero deben ser colocados en otro marco más ambicioso. En efecto, las transiciones están orientadas a dos metas inmediatas precisas: erradicar la pobreza y evitar nuevas extinciones de especies. Es importante advertir que estos dos compromisos tienen el mismo nivel de jerarquía, con lo cual este programa queda inscrito bajo los más recientes abordajes sobre los derechos de las personas y de la naturaleza.

También es necesario señalar que existen muchos usos del vocablo «transiciones». En el campo del desarrollo, la palabra ha sido utilizada tanto para referirse a las «transiciones» hacia el socialismo, por ejemplo, en las décadas de 1960 y 1970, como para describir un tránsito inverso, del socialismo de Estado al capitalismo, en Europa del Este desde inicios de los años 90.

En América Latina, frente a la situación actual, la idea de transiciones implica cambios que se organizan para trascender el desarrollo actual, en todas sus formulaciones, sean estas expresiones del capitalismo como el socialismo clásico. La más reciente definición de transiciones hacia las alternativas al desarrollo las entienden como un conjunto de políticas, estrategias y acciones que abordan los impactos y problemas del desarrollo convencional actual, y tienen el propósito de encaminar una salida a esa condición, adoptando alternativas que están más allá de ese desarrollo. De esta manera, se puede indicar esquemáticamente que estas transiciones construyen salidas a la condición actual encaminadas bajo dos condiciones: la erradicación de la pobreza y la preservación de la naturaleza.

Hecha esta presentación es pertinente preguntarse por qué es necesario defender un programa de transiciones frente al extractivismo depredador que sea parte de un programa más amplio de alternativas al desarrollo. La respuesta es clara: cualquier opción de cambio frente al extractivismo dominante implica una discusión profunda de las ideas sobre el desarrollo. En efecto, las diferentes formas de extractivismo, sean minero, petrolero o agrícola, no pueden separarse de

cómo se organiza el desarrollo actual. Si bien no son sinónimos, el extractivismo está contenido dentro del desarrollo convencional.

Las transiciones posextractivistas son un conjunto de propuestas, que tienen complementariedades y articulaciones entre ellas. No son un conjunto de planes o instrumentos desconectados entre sí, sino que deben ser coordinados, y ello debe fortalecerlos individualmente y en conjunto.

El sentido de las transiciones

Las medidas transicionales están organizadas en un primer conjunto que responde a las medidas de urgencias y emergencia frente al extractivismo depredador. Son acciones indispensables para detener los actuales impactos ambientales y sociales. Incluyen, por ejemplo, la clausura de los emprendimientos más dañinos o que no pueden ser reconvertidos, asegurar los derechos de las personas, implantar medidas económicas que permitan tributaciones y compensaciones justas. A su vez, estas acciones de urgencia y emergencia permiten dar otros pasos sucesivos hacia alternativas más sustanciales.

Bajo estas primeras medidas el extractivismo, en el sentido de extracción de recursos orientado hacia la exportación, no desaparece, sino que se lo redimensiona en lo económico, y se lo coloca bajo control social y ambiental. Será un extractivismo más acotado, de menor relevancia comercial y mejor articulado con las economías nacionales y continentales. Es por estas razones que ese conjunto de medidas apuesta a lo que se ha llamado «extractivismo sensato».

Las transiciones no se detienen allí. Quedar atrapados en un «extractivismo sensato» no soluciona los problemas de fondo, ni sería una genuina alternativa al desarrollo. Es necesario ir más allá de las medidas de urgencia y emergencia. Los siguientes pasos apuntan a una «extracción indispensable». En ese caso, el extractivismo como tal desaparece, en tanto la subordinación exportadora es abandonada, y se pasan a extraer los recursos naturales que realmente se necesitan. Esto no quiere decir que se dejan de exportar recursos naturales, sino que se deja de organizar la apropiación de la naturaleza para atender exclusivamente la demanda global.

Estas distinciones no son meros juegos de palabras, sino que son importantes. Las transiciones posextractivistas no pregonan una naturaleza intocada, ni buscan prohibir todos los tipos de aprovechamiento de los recursos naturales. Muchas veces, los promotores del extractivismo depredador se defienden sosteniendo que la propuesta de transiciones, o incluso la mera denuncia de los impactos actuales, en realidad esconde el propósito de prohibir la minería. El reclamo posextractivista, dice esa crítica simplista, nos llevaría de regreso a la «edad de piedra», se ha llegado a decir. Esto es falso.

En realidad, se cuestiona al extractivismo como un modo de apropiación de la naturaleza, de alto impacto social y ambiental, y subordinado a la globalización.

Minería y extractivismo no son sinónimos, y podrá haber actividades de aprovechamiento de recursos mineros, bajo adecuadas regulaciones sociales y ambientales, y para servir a necesidades de consumo legítimas y necesarias para la calidad de vida. Las alternativas, por lo tanto, apuntan a usar los recursos naturales juiciosamente y, en primer lugar, para atender las reales necesidades de nuestro país y los países vecinos en nuestro continente, antes que al comercio global o al consumismo suntuario.

Las transiciones como un conjunto articulado

Las transiciones posextractivistas deben ser entendidas como un conjunto de medidas y propuestas articuladas entre sí. No es una receta reducible a unos pocos instrumentos, sino que es un agrupamiento. Cada uno de sus componentes tiene finalidades específicas, pero a la vez deben servir para potenciar otras medidas que apuntan en el mismo sentido. Por lo tanto, es un agrupamiento coordinado y con un marco conceptual que le brinda sustento. El problema de las alternativas basadas en unas pocas medidas, o en un conjunto de ellas pero desarticuladas, es más común de lo que se supone. Este es un problema frente al cual se debe estar preparado y, por lo tanto, es adecuado ofrecer un ejemplo.

Tomemos el caso de algunos reclamos por implantar evaluaciones ambientales estratégicas. Este es, sin duda, un paso adelante para enfrentar el extractivismo en aquellos países que carecen de ellas. Reconocido ese aspecto, también debe señalarse que hay muchos distintos tipos de análisis ambientales estratégicos, y que, a su vez, su desempeño depende del marco de la gestión y políticas ambientales en el cual se insertarán. Por lo tanto, la defensa de evaluaciones ambientales estratégicas en sí misma, como demanda aislada, puede decir mucho como también expresar apenas cambios cosméticos.

No solo eso, sino que podría haber evaluaciones ambientales estratégicas con resultados que impidieran avanzar hacia el posextractivismo. Esto sucede si ese instrumento es entendido en el marco de una economía ambiental que descansa en la valorización mercantil de la naturaleza. Desde esa mirada, las evaluaciones estratégicas acentuarían instrumentos como la compra/venta de bienes y servicios ambientales, lo que impediría avanzar en otros pasos transicionales que justamente buscan desmontar ese tipo de mercantilización del entorno. Este ejemplo sirve para dejar en claro que la eficacia de las medidas alternativas también debe ser sopesada por su capacidad en promover cambios más profundos, y por su correspondencia con otros instrumentos transicionales.

La idea de transiciones posextractivistas busca respuestas para esta problemática. En efecto, las transiciones sirven para crear ese necesario contexto, donde cada una de las medidas consideradas deben ser evaluadas en atención a sus efectos sociales y ambientales. De esta manera, volviendo al ejemplo de las eva-

luaciones ambientales estratégicas, bajo las transiciones se propondrán aquellas que, entre otros atributos, apliquen metodologías de múltiples valoraciones o se organice no solo desde el punto de vista desde vínculos mercantiles, sino que también siga los flujos de materia y energía. A su vez, esas evaluaciones estratégicas deben contener mecanismos que aseguren la información pública y potencien la participación ciudadana, donde la consulta no pasa a ser un evento aislado sino que se convierte en un proceso.

Cambios sin salir del extractivismo

Las clarificaciones que se acaban de discutir permiten abordar casos donde se defienden senderos que supuestamente buscan salir del extractivismo, pero que en realidad los profundizan. La situación más evidente ocurre con las propuestas del gobierno de R. Correa en Ecuador, donde se entiende que para salir del extractivismo, primero se lo debe profundizar. Bajo esta particular concepción, en una primera etapa el Estado debería alentar el extractivismo (lo que explica el actual empuje hacia la megaminería y la explotación petrolera en ese país). Gracias al dinero que supuestamente se recaudará y los cambios que se prometen, el país podría pasar a una segunda etapa en la que ya no dependería del extractivismo al haber promovido otras opciones productivas.

Es evidente que esa concepción está muy errada. La profundización del extractivismo minero o petrolífero implica impactos ambientales que en muchos casos no pueden ser remediados, como tampoco es posible una restauración. Otro tanto ocurre con efectos sociales, como la destrucción de economías campesinas, el desplazamiento de comunidades o los impactos sobre la salud de las personas. Desde el punto de vista económico, ese extractivismo profundiza el papel del país como proveedor de materias primas, y genera distorsiones que en vez de promover la diversificación productiva, la impide (muchas de ellas conocidas como «enfermedad holandesa», o su versión peruana, la «enfermedad chola»; Viale y Monge, 2012). A su vez, el extractivismo depredador avanza con la proliferación de externalidades de todo tipo, que de una manera u otra terminan incluyen costos económicos que debe pagar el Estado o toda la sociedad. Es así que mientras, por un lado, hay ingresos por exportaciones de recursos naturales, y esos indicadores aparecen en las contabilidades nacionales convencionales, por otro lado, hay pérdidas enormes por efectos sociales y ambientales, que permanecen invisibles para las cuentas nacionales. Es más, apelar a las compensaciones económicas para disimular el daño ambiental o los efectos en la salud, es apenas una medida cosmética.

El caso ecuatoriano se vuelve todavía más complejo, ya que la profundización del extractivismo está también revestida de invocaciones a los derechos de la naturaleza o el Buen Vivir. Una verdadera comprensión del valor intrínseco en el ambiente, haría inviable buena parte de esos emprendimientos extractivos. De la

misma manera, entender que el Buen Vivir expresa una crítica radical al desarrollo actual, impone que sean incompatibles los estilos de crecimiento basados en la exportación de materias primas.

Así como las propuestas de transiciones posextractivistas son un conjunto articulado, se debe estar atento a no caer en la confusión que cualquier medida que se presente con las etiquetas de transiciones, alternativa o incluso Buen Vivir, represente un cambio genuino frente al desarrollo actual.

Los sucesivos pasos del posextractivismo

En el presente libro se encontrarán muchos ejemplos de elementos claves para construir las transiciones hacia un futuro sin extractivismo. Estos y otros aportes originados en Perú son de singular importancia, y se suman a iniciativas similares en marcha en distintos países.

El protagonismo peruano es explicable ya que en este país quedaron muy en claro las limitaciones de posturas que defienden el extractivismo para promover el crecimiento, o incluso la de aquellas que lo promueven para financiar la compensación social. Esas discusiones también explican la estrecha relación que existe con las alternativas al desarrollo.

En Perú también quedó en evidencia que, más allá de promesas electorales, se vuelve a caer en el extractivismo clásico, debido a factores que van desde las presiones políticas y sociales a las tentaciones económicas de los altos precios de las materias primas. Si bien esto mismo ocurre en otros países, esas contradicciones se arrastraron durante años y solo recientemente están siendo abordadas con independencia desde muchos movimientos sociales, mientras que la dinámica peruana fue mucho más acelerada (tal como quedó demostrada por la crisis ante el proyecto minero Conga; véase De Echave y Diez, 2013).

Considerando estas particularidades, el futuro al que se apunta es aquel donde se erradica la pobreza y se asegura una verdadera protección de la naturaleza. Las medidas transicionales son un conjunto que debería avanzar coordinadamente en varios frentes. Se ha avanzado mucho en organizar ese conjunto, y es posible ofrecer ejemplos destacados que no agotan esa lista, pero expresan el sentido de la propuesta. En la lista que sigue se los separa por temas solamente con fines de agilizar la presentación.

- **Ambiente:** incluye medidas que, en unos casos, reforman las evaluaciones ambientales (por ejemplo, con estudios multicriteriales), y en otros casos, implantan nuevos instrumentos (como los análisis de riesgo e incertidumbre), de manera que se asegure con efectividad la protección de la naturaleza.
- **Información y consulta:** introduce mecanismos de regulación social, que van desde una verdadera consulta y participación ciudadana en la toma de decisiones, a asegurar los derechos de las minorías.

- Economía: cambios sustanciales en el manejo económico, desde asegurar una tributación justa, evitar la evasión impositiva o impedir la especulación con materias primas, a otros instrumentos de urgente necesidad, como una incorporación de los costos económicos por los impactos sociales y ambientales del extractivismo (corrección ecológica y social de los precios).
- Transformaciones productivas: la reducción esperada del extractivismo debe ir de la mano con potenciar otros sectores productivos, y entre ellos especialmente el agropecuario. En este se generan menos impactos ambientales, demanda más empleo, menor consumo energético y ofrece encadenamientos directos para reducir la pobreza.
- Gasto estatal: debido a que bajo las transiciones se reducirá el aporte del extractivismo a las arcas gubernamentales, será necesario reorganizar su presupuesto, incluyendo el desmantelamiento de los subsidios a esos emprendimientos, el apoyo a la reconversión productiva o la eficiencia en la gestión gubernamental.
- Comercio internacional: el extractivismo depende de los mercados globales, y a la vez profundiza la subordinación a estos. Por lo tanto, las alternativas buscan recuperar el control sobre el comercio de materias primas, establecer precios más justos, regular la oferta, y coordinar estos y otros componentes con los países vecinos.
- Integración continental: el reordenamiento del comercio internacional obliga a otro tipo de integración con los países vecinos, abandonando la actual postura de competir en ofrecer materias primas, para una coordinación productiva y económica, el manejo de recursos naturales compartidos, etc. Esto corresponde a la propuesta de regionalismo autónomo.
- Derechos: las transiciones imponen medidas y salvaguardas para los derechos de las personas, pero también para los derechos de la naturaleza. Por lo tanto, estos cambios implican acabar definitivamente con las extrahecciones (apropiaciones basadas en la violencia y el incumplimiento de esos derechos).
- Política y democracia: la profundización de la democracia es un componente esencial de la marcha transicional y, por lo tanto, de una reforma de los escenarios y procedimientos de la política convencional. Deformaciones variadas, que van desde las democracias delegativas electoralistas al abuso de la figura del caudillo, deben ser superadas para avanzar.
- Globalización: la actual dependencia y subordinación global es abandonada por medidas que permitan recuperar la autonomía frente a los mercados globales. Son medidas que no defienden un aislamiento, sino una desvinculación selectiva de la globalización.

Como puede verse, dentro de cada uno de esas dimensiones se encontrarán, a su vez, decenas de medidas posibles. Esto deja en claro que una de las resisten-

cias usuales, afirmando que se carece de medidas alternativas concretas, es infundada. Por el contrario, existen muchas medidas disponibles, varias que provienen de la inventiva de organizaciones ciudadanas, y otras originadas en la academia independiente, y así sucesivamente. En documentos recientes se han explorado varios de estos contenidos (por ejemplo, en Alayza y Gudynas, 2011; propuestas específicas para Perú se encuentran en Gudynas 2012a y Monge, 2012, entre otros).

Estamos ingresando a momentos históricos donde muchos de esos ejemplos de resistencia e innovación comienzan a articularse en escenarios de mayor escala, tanto a nivel nacional como continental. Por ejemplo, Monge (2012) ofrece un conjunto de medidas transicionales que se adaptan perfectamente al modelo aquí propuesto, e incluso toma algunos instrumentos considerados en el pasado reciente. En su caso incluye una transición económica (con diversificación orientada a la seguridad alimentaria), cambios institucionales (como descentralizar la autoridad ambiental, o una adecuada consulta y consentimiento previo), o los cambios culturales necesarios para ese tránsito. Algunas de esas medidas corresponden a las acciones de urgencia y emergencia, mientras que otras permiten avanzar hacia la «extracción indispensable».

Como ya se indicó arriba, las distintas dimensiones de las transiciones deben estar articuladas y potenciadas entre sí. Un ejemplo permite ilustrar la importancia de este aspecto: la corrección ecológica de la contabilidad tradicional, aunque es un instrumento propio de la dimensión económica, permite valorar económicamente los costos de los impactos sociales y ambientales, y por lo tanto, refuerza medidas que se encontrarán tanto en la dimensión ambiental como social.

A su vez, las reorganizaciones productivas, por ejemplo, hacia la agricultura orgánica o la industrialización propia (dejando la dependencia de las importaciones de manufacturas desde países industrializados o China), se deben complementar con medidas en los flancos del comercio exterior y la integración con los países vecinos. Eso explica la necesidad de una nueva integración sudamericana.

De esta manera, bajo las transiciones posextractivistas no se coloca dentro de una misma bolsa a todas las propuestas alternativas que existen, sino que cada una de ellas debe ser evaluada y cotejada contra los demás elementos de ese conjunto.

Las reformas en la dimensión ambiental implican dejar en claro que, incluso desde el inicio de la transición a un «extractivismo sensato», habrá emprendimientos prohibidos por sus impactos sociales o ambientales, sea la destrucción de la biodiversidad o la pérdida de territorios ancestrales. De la misma manera, los cambios en las dimensiones sociales, desde medidas específicas, como el adecuado acceso a la información ciudadana a otras más amplias, como el respeto a los derechos, también desembocan en redefinir los límites que separan los emprendimientos extractivos posibles de aquellos que son prohibidos.

Un proceso difícil, pero urgente

Las propuestas sobre transiciones posextractivistas, ¿son difíciles de implementar? Ciertamente lo son, tanto porque es necesario desplegarlas a escalas nacionales y regionales, como por las resistencias de todo tipo que enfrentan.

¿Es un plan rígido y mecanicista? Por cierto que no lo es, y debe ser entendido como una propuesta en marcha, que está siendo construida. No solo existen diferentes aspectos que no han sido abordados o que deben ser profundizados, sino que también sus propias exigencias participativas determinan que sean imprescindible procesos de consulta y creación colectiva que no se generan de un día para otro.

El reconocimiento de ser un proceso en marcha ¿es una debilidad de la propuesta posextractivista? Al contrario: es una de sus fortalezas. Las transiciones no pueden ser impuestas, sino que parten de una construcción radicalmente democrática. De esta manera opera en sentido contrario al extractivismo, ya que esos emprendimientos en muchos casos son impuestos de forma autoritaria, incluso apelando a la violación de derechos (en las llamadas extrahecciones). En cambio, las transiciones posextractivistas, al definirse como genuinamente democráticas, deben ser entendidas como un proceso para incorporar nuevos actores sociales.

El posextractivismo no es solamente un cambio en los estilos de desarrollo. Es también una transformación en las raíces culturales que sostienen la lógica de ese desarrollo, y dentro de ella del extractivismo depredador actual. Todo ello demandará mucho ingenio, necesarias dosis de rigurosidad para mostrar la viabilidad del cambio, y paciencia democrática. Pero a pesar de todo esto, no solo es el único camino posible, sino que es urgente en tanto el extractivismo depredador no tiene futuro, porque descansa en recursos que se agotan y generan impactos negativos que desencadenan crecientes resistencias ciudadanas. Este tipo de condiciones hace que el tema no sea la validez o no del extractivismo, sino que esa necesidad impone que la discusión deba estar enfocada en cómo construir esas alternativas al desarrollo.

Bibliografía

- ALAYZA, A. y E. GUDYNAS, E. (eds)
2011 *Transiciones. Post extractivismo y alternativas al extractivismo en el Perú*. RedGE, CEPES y CLAES, Lima.
- DE ECHAVE, J. y A. DIEZ
2013 *Más allá de Conga*. RedGE y CooperAcción, Lima.

GUDYNAS, E.

- 2012a «Hay vida después del extractivismo», pp. 44- 53. En *Pobreza, desigualdad y desarrollo. Informe Perú 2011/2012*. Oxfam, Lima.
- 2012b «La dimensión continental y global de las transiciones hacia las alternativas al desarrollo», pp. 101-129, En: *Transiciones y alternativas al extractivismo en la región andina* (A. Alayza y E. Gudynas, eds.). CEPES, RedGE, CLAES, Lima.
- 2013 *Extracciones, extractivismos y extrahecciones. Un marco conceptual sobre la apropiación de recursos naturales*. Observatorio del Desarrollo, CLAES, N° 18.

MONGE, C.

- 2012 «Entre Río y Río. El apogeo y crisis del extractivismo neoliberal y los retos del postextractivismo en el Perú», pp. 75-99, En: *Transiciones y alternativas al extractivismo en la región andina* (A. Alayza y E. Gudynas, eds.). CEPES, RedGE y CLAES, Lima.

VIALE, C. y C. MONGE

- 2012 «La enfermedad chola». Quehacer, DESCO, 185: pp. 80-85.

En: Minería y movimientos sociales en el Perú.

Instrumentos y propuestas para la defensa de la vida, el agua y los territorios.

Editores: Raphael Hoetmer, Miguel Castro, Mar Daza, José de Echave y Clara Ruíz.

PDTG (Programa Democracia y Transformación Global), CooperAcción, Acsur y Entre Pueblos.

Lima (Perú), 2013.

pp 567-581.